Alberto Bonilla-Giovanetti

Ministry and the Marginalized—Luke 7:36–50

Dr. Keener

Ministerio y los Marginados—Lucas 7:36–50

Lucas escribió dos volúmenes, el Evangelio de Lucas y el Libro de los Hechos. Su segundo libro, el Libro de los Hechos, enfatiza la misión a las naciones—una misión crucial sin la cual no tendríamos cristianos gentiles en el día de hoy (aunque tal vez tendríamos por lo menos al judaísmo mesiánico). Pero antes de narrar la misión a los gentiles en Hechos, Lucas prepara a su audiencia al narrar la misión de Jesús a otros tipos de marginados en su primer volumen, el Evangelio de Lucas.

Si queremos estar listos para la misión en otro lugar, podemos empezar a prepararnos al cruzar barreras culturales y otras barreras mas cercanas a nuestros hogares.

A lo largo del Evangelio de Lucas, Jesús ministra a quienes no tienen estatus y poder en su cultura (como los pobres y las mujeres que no son de la elite). Entre los marginados de la sociedad, él estrecha la mano a los “pecadores”—aquellos marginados por virtud de su comportamiento. Su reino no depende de poder político o militar; él busca a los humildes, mostrando que Dios no está impresionado con nuestras credenciales mundanas. Aun así, Jesús no solo ministra a lo marginados; él construye su nuevo reino alrededor de ellos.

Las Escrituras recuenta muchas veces que Dios está cerca de los humildes pero lejos de los orgullosos (e.g., Mateo 23:12; Lucas 1:52; 14:11; 18:14; Santiago 4:6; 1 Pedro 5:5); él se revela a si mismo en debilidad humana mas que en lo que el mundo considera poder (1 Corintios 1:18–26; 2 Corintios 12:9; 13:4). Jesús le da la bienvenida a todos, pero es a aquellos que reconocen su necesidad desesperada de él quienes mas le dan la bienvenida a él. Si reconocemos nuestra necesidad de depender completamente en Dios, nosotros somos bendecidos. Si no, necesitamos pasar más tiempo entre los quebrantados y los humildes, aprendiendo de sus corazones.

En Lucas 7:36–50, él le da la bienvenida al regalo controversial que una persona marginada le presenta.

Era considerado piadoso invitar a un sabio popular para la cena, y Simón el Fariseo ha invitado a Jesús para cenar (Lucas 7:36). En banquetes, los invitados típicamente se reclinaban en sillones grandes y sin espaldar (tres o cuatro invitados por sillón), sus pies apuntaban en contra de las mesas; a veces personas no invitadas venían a mirar. Una mujer de mala reputación en la comunidad (asi dice 7:37) entra en la casa y comienza a limpiar los pies de Jesús, limpiándolos con su cabello. Simón se ofende: de seguro un profeta como Jesús sabría de la mala reputación de esta mujer. De seguro, las mujeres casadas respetables (i.e., mujeres adultas respetables) se cubrían el cabello en publico en su cultura. Así, al limpiar los pies de Jesús con su cabello, desde la perspectiva de Simón, ¡la mujer estaba enseñándoles su pecaminosidad!

Pero Jesús en verdad es un profeta—él sabe que está pensando Simón. Jesús ayuda a Simón a darse cuenta de que aquellos que reconocen su necesidad de perdón son los mas agradecidos al recibirlo. Entonces Jesús, aunque todavía estaba hablando con Simón, se da la vuelta con respecto a la mesa y finalmente le da la cara a la mujer. Lavándole los pies a Jesús, ella ha estado fuera del circulo de sillones; los que iban a banquetes se reclinaban en su codo izquierdo y sus pies apuntaban lejos de la mesa (después de todo, ¿quien quiere los pies apestosos de alguien en su cara?)

Jesús le recuerda a Simón que él, de una manera ofensiva, no le proveyó a Jesús las cortesías más básicas y esperadas en su cultura. Un huésped debería proveerle a su invitado agua para lavarse los pies (aunque un huésped respetable no les lavaría los pies a sus invitados él mismo, una ocupación mas servil). De igual manera, uno debería darle un beso leve de respeto a un maestro; uno tal vez también proveería aceite para ungirse. Simón ha fallado en todas estas cortesías esperadas de un huésped. Jesús puede que sea un invitado especial, pero para Simón, Jesús no es *tan* importante, comparado con Simón y sus compañeros.

Por el otro lado, esta mujer ha provisto a Jesús de todos los honores que Simón falló y no le ofreció—demostrando gratitud por sus pecados perdonados. Al relacionar el perdón con sus reacciones a si mismo, Jesús implica que él mismo es el portador de perdón divino. Al honrarlo o deshonrarlo a él la gente demuestra su respuesta a la gracia.

Mientras tanto, otros invitados en la mesa se tuercen del horror por las palabras de Jesús: ¿como puede él perdonar los pecados (7:49)? Ellos no reconocen que tan central es Jesús para el plan de Dios. Ellos no entienden su identidad. Y, como Simón, ellos son orgullosos, más listos para juzgar a Jesús que aprender de él. ¡Todo porque él les da la bienvenida a los pecadores!

Cuando nosotros menospreciamos a otros que han recibido gracia después de nosotros (tal vez los encarcelados, las madres solteras, o incluso alguien que nos ha lastimado a nosotros personalmente), nos olvidamos de que nosotros, también, podemos ser salvos solo por gracia. De seguro, Jesús no está ofreciendo perdón barato a quienes escogen permanecer en el pecado; él perdona a quienes verdaderamente se viran a él. Pero esta mujer estaba dándose la vuelta de ser una “pecadora” de manera más fácil que el fariseo y la mayoría de sus invitados estaban dispuestos a dar la vuelta ante su orgullo pecaminoso y religioso. Para estar mas listos para cruzar barreras culturales en la misión (el Libro de los Hechos), deberíamos cruzar barreras cercanas a nosotros, a experimentar y compartir la gracia de Dios (su favor generoso) a quienes nos rodean.

Que Jesús le de la bienvenida al regalo de la mujer—sin importar lo que los demás piensen—nos recuerda de otro tema en Lucas-Hechos: aquellos quienes son inicialmente el objeto de misión pueden convertirse en misioneros. Por la mayor parte, Jesús escogió como sus primeros agentes a pescadores, a recolectores de impuestos, y a aquellos que aparentemente no tenían profesiones tan obvias, en vez de las más obvias, humanamente hablando, como los sacerdotes o escribas. Pedro, el “hombre pecador” (Lucas 5:8); Pablo el perseguidor (Hechos 9:13–15); y otros se convierten en agentes de la misión de Cristo.

El Espíritu que le da poder al circulo de apóstoles para la misión en Pentecostés (Hechos 1:8) también es vertido sobre los samaritanos (Hechos 8:17) y los gentiles (Hechos 10:44:47) y todos los que estén lejos (Hechos 2:38–39). ¿Por que? Para que todos estos grupos puedan compartir en la misión apostólica de proclamar a Cristo. Algunos que puedan estar comenzando como una minoría marginada dentro de nuestro circulo de creyentes puede estar construyendo los fundamentos para un futuro ministerio. Cheryl Sanders, una pastora y profesora de ética en Howard University, tiene un libro de mucho valor llamado *Ministerio en los Margines: La Misión Profética de las Mujeres, los Jóvenes & los Pobres*. Su titulo atrapa uno de los temas en Lucas-Hechos.

Dios usualmente no empieza su actividad donde esperamos en la manera que esperamos. Él no necesita nuestras riquezas, estatus o poder, porque él no quiere nuestro orgullo. Él muchas veces comienza con los humildes y marginados (Lucas 1:51–53), vertiendo su Espíritu y sorprendiéndonos con avivamientos, solo para recordarnos a todos que el poder de su trabajo viene de él y no de nosotros mismos.

Craig Keener es autor de comentarios sobre Mateo, Juan, Hechos, Romanos, 1-2 Corintios, Galatas, y Apocalipsis; su *IVP Bible Background Commentary: New Testament*, ha vendido mas de medio millón de copias.